



Casarse entonces y hoy

Hace poco leí en un periódico lo que se suelen gastar los novios hoy día en una boda. Me pareció una suma muy elevada pero no tomé nota de ella. Hoy, buscando expresamente este dato en internet, hallo una página donde informan que en España las parejas suelen gastarse entre 10 y 43 mil euros. La cifra es equívoca. Sería más útil una media, porque así como están estos números, no se sabe si la mayoría de las parejas se gastan «sólo» unos 10.000 € o tienden a aproximarse más a los 43.000 €.

En cualquier caso, con estas cifras en mente, no me extraña algo que oí el otro día en el telediario. Una periodista pedía comentarios a personas afectadas por la huelga del personal de los juzgados, que incidió también en el Registro Civil. Entre esa gente hubo alguien para quien no iban a llegar a tiempo los papeles para casarse: «No importa —opinó la afectada—. Haremos el convite y el viaje de novios; y si no nos casamos no pasa nada».

Desde luego, cualquiera comprenderá que es más importante no perder la suma adelantada para reservar el convite y el viaje de novios, que preocuparse por «unos papeles».

Para cada vez más españoles, aunque por supuesto que no todos, el caso es que da igual casarse o no. Para muchos, la boda parece ser algo que se realiza como paso final de un largo trayecto de progresiva emancipación de los padres a la par que la compra y amueblamiento de una vivienda... y cuando la pareja decide por fin que les gustaría ser padres. Parecería ser que

a algunas personas en España —por ahora— les parece más o menos feo o indeseable que el primogénito nazca sin que sus padres estén formalmente casados; aunque ya no se suele reprochar el que se *conciba* estando todavía sin «papeles».

Es curioso cómo en estas cosas del matrimonio lo que en determinada sociedad parece «natural» —la forma de proceder que se le presupone a la gente— en otra sociedad distinta sería vista como una aberración contra la mismísima naturaleza humana. Seguramente si se hiciera una encuesta de los españoles de nuestro día, a muchos, las costumbres de sus bisabuelos les parecerían «aberrantes» e indeseables; no sólo ridículas sino *imposibles* de cumplir. La mayoría de los españoles de hoy día seguramente imaginan que sus bisabuelas, de hecho, *no* se comportaban como *decían* comportarse. Sin duda había de todo; pero quizá nos sorprendería descubrir hasta qué punto mucha gente sí pudo —y puede— conformarse a las expectativas que les impone su sociedad y religión y familia.

Por cierto, no me cabe duda que si se hubiera encuestado a nuestros bisabuelos hace cien años, a ellos les hubiera parecido «aberrante» la forma de proceder de los españoles de hoy —que es más o menos el tipo de conducta que las malas lenguas atribúan a determinadas personas indeseables, siempre en voz baja y fuera del alcance del oído de los niños.

Amor de pareja en el Antiguo Testamento

Leí hace algunas semanas que la idea del amor de pareja en el Antiguo Testamento tiene una configuración muy particular y siempre sigue una secuencia que se consideraba «natural» y obvia. El «orden natural» de las cosas era que la pareja **primero** se casaba, **segundo** se «conocían» —es decir, tenían relaciones sexuales— y **por último** se acababan queriendo con amor perdurable.

Ejemplo típico de esto sería el caso de Isaac y Rebeca. Primero, Abraham decide que ya viene siendo hora de ejercer su responsabilidad paterna para con su hijo y manda traerle una no-



También en este número:

| | |
|-------------------------------|---|
| El sonido del silencio | 4 |
| Vivir con menos | 6 |
| Noticias de nuestras iglesias | 7 |
| El libro de Gálatas | 8 |

Puede que con su modelo de familia y pareja, la gente del Antiguo Testamento realmente estaba alcanzando un grado elevado de bienestar de emociones y sentimientos, cosa que está claro que en nuestra sociedad contemporánea no estamos consiguiendo.



via desde Irak a Palestina. Segundo, cuando llega Rebeca —a quien Isaac jamás en la vida había visto— se la lleva a su tienda y la «conoce». Y así, según la Biblia, Isaac «se consoló» de la muerte de Sara —dando a entender que la quiso como a su propia madre, con un amor incomparable.

Compárese esto con lo que parece ser que se considera «normal» en la industria del cine y televisión. Primero se mantienen relaciones sexuales como fruto de una atracción irresistible inicial. Si el sexo ha funcionado bien, se procura trabar amistad e irse conociendo, con la esperanza de que —si hay suerte— se vaya estableciendo una relación afectiva duradera. Si esto se consigue, por último, se casarían.

Aunque este modelo de la tele y el cine tal vez a la larga se acabe imponiendo en España, me parece que hoy por hoy, a muchos les parece «natural» otro tercer orden de las cosas. Primero se entabla una relación con una cierta afectividad y creciente atracción de «amor». Segundo, ese primer amor conduciría tarde o temprano a las relaciones sexuales. Y por último, si la relación parece que vaya a ser duradera y si se quiere tener hijos, llega por fin la boda.

Tanto en el modelo de Hollywood como en este otro que tengo la impresión que se estila bastante en España, la cosa se puede frustrar en cualquiera de los dos puntos primeros —y nunca llegar a culminar en boda.

Curiosamente, las historias de amor en el Antiguo Testamento dan a entender que es muy difícil que con el orden de las cosas que consideraban

«normal» ellos, el proceso se frustrase antes de culminar en el tercer paso, el del amor. La boda (concertada por las familias) obviamente desembocaba en «conocerse» sexualmente; lo cual también desembocaría —con la misma obiedad, parece ser— en el amor duradero de pareja. Seguramente había excepciones a la regla porque no hay ninguna forma social o cultural, que pueda garantizar la felicidad de todo el mundo. Si el libro de Proverbios (como también uno de los «diez mandamientos») arremete contra las tentaciones de la mujer del prójimo, será que el amor de pareja no siempre resultaba todo lo estable que lo pintaban.

Un índice elevado de divorcios

Pero deberíamos cuidarnos mucho de suponer que nuestras formas hoy día, por muy «naturales» que nos parezcan, produzcan una felicidad más generalizada que aquella. Según la Wikipedia (y no respondo de que sus datos sean de fiar aunque me parecen verosímiles), la mitad de las parejas que se casan hoy día acabarán divorciadas; y de éstas, el término medio de la duración de sus matrimonios se queda en unos cuatro años. Podríamos argumentar que esto no hace más que denunciar la enormidad del sufrimiento de pareja, que siempre ha habido pero antes se aguantaba y escondía. Y algo de eso habrá. Con todo, no acabo de convencerme de que hoy las parejas sean más felices que en tiempos bíblicos.

Por cierto y curiosamente, parece ser que se consideraba que si las rela-

ciones sexuales *después* de la boda generaban *automáticamente* un amor estable de pareja, no ocurría lo mismo si se alteraba el orden de las cosas. Si se empezaba con las relaciones sexuales primero, el resultado no era ni el amor ni el casarse. El fenómeno de la prostitución ya existía en tiempos bíblicos y la clientela ni se enamoraba ni se casaba con las que les vendían ese servicio. Lo «anormal» y «aberrante» que se entendía que es dejarse llevar desde el principio por la pasión sexual viene descrito en diversas narraciones bíblicas de violación, historias que en la Biblia siempre acaban tan violenta y trágicamente como empiezan. Como también son trágicas las desventuras amorosas de Sansón, con su «antinatural» tendencia a enamorarse *antes* de casarse.

Si a **los chicos** estas historias les enseñaban que había que respetar el «orden natural» de las cosas (*primero* casarse, *segundo* el sexo, *por último* enamorarse), tenemos también una historia en el Antiguo Testamento que parece construida a manera de advertencia para **las chicas**: Mical, hija del rey Saúl, se enamora de David. Su padre se entera y se la ofrece a David como esposa. Temiéndose que sea un regalo envenenado (porque su familia jamás podría pagar la dote de una Infanta del reino), David al principio la rechaza; pero los obstáculos se arreglan y David y Mical se casan. Sin embargo más adelante David la abandonará (no sin antes aprovecharse del amor que Mical le profesa, para hacer de ella su cómplice en su huida del rey). Más adelante, cuando Mical ya está otra vez casada, ahora con un marido que de verdad la ama, David exi-

ge que se la devuelvan (para poder alegar que hay continuidad entre su reinado y el de Saúl). Sin embargo nunca son felices ni tienen hijos. La moraleja es clara: los sentimientos enamoradizos de las chicas siembran desdicha; mientras que si esperan a enamorarse hasta *primero* casarse, *segundo* tener relaciones —el orden «natural» de las cosas— todo irá mucho mejor.

¿«Revelación» o costumbres?

En la Biblia no todo es revelación divina. Mucho hay en ella que es sencillamente el producto de aquella era y las costumbres de aquellos pueblos. No me parece ni factible ni particularmente deseable volver a aquellas costumbres. Esas costumbres conformaban un todo y no se pueden recuperar aisladamente. Esa configuración de lo que parecía «natural» exige una sociedad patriarcal, donde la lealtad a «la familia» (que abarcaba abuelos y nietos, primos y tíos y sobrinos hasta varias generaciones) era incuestionable; y a cambio «la familia» protegía a los suyos en cualquier tipo de adversidad. En ese tipo de familia, las tensiones en un matrimonio se trasladan de inmediato al entorno familiar; y ambas familias empiezan de inmediato a ofrecer consejos y

ejercer presiones para que se dé con una forma de convivencia pacífica y digna y armoniosa.

Esas costumbres también producían lo que se llama «personalidad colectivista» en lugar de la «personalidad individualista» que se estila hoy en Occidente. En la «personalidad colectivista» uno era quien los demás decían que era, se veía como los demás lo veían, se describía a sí mismo como los demás le describían. Empezando por «hijo de Fulano, hijo de Mengano, hijo de Zutano...», el rasgo más esencial de su identidad. Así las cosas, si «la familia» te mandaba ser feliz con tu pareja, tú te obligabas a ser feliz. Y si te preguntaban si lo eras, naturalmente decías que sí —y te lo creías sin la más mínima duda.

En fin... todo esto ya no se puede recuperar. Por lo menos no creo que se pueda recuperar aquí en Occidente. Incluso aunque interesara.

Lo que sí habría que establecer es una sana duda de que lo que nos parece «natural» según se estila en nuestra sociedad y nuestra era, sea también, necesariamente, «lo mejor».

En cuanto a mí, me confieso francamente escéptico de que se sea más feliz si las relaciones sexuales se mantienen antes de casarse. También opino que el «enamoramiento» —un sen-

timentalismo obsesivo comprobadamente inestable y volátil— ofrece muy pocas garantías como fundamento esencial para una relación estable de pareja.

Es verdad que las investigaciones sobre la biología sexual humana confirman que es necesario que haya «química» en la pareja. No como metáfora sino como selección inconsciente de la idoneidad genética de la pareja reproductora para procrear hijos sanos. Desde luego sería una burrada obligar a casarse a dos personas que inexplicablemente sienten rechazo el uno por el otro: es probable que sus genes están dando señales de alerta.

Dicho lo cual, no me parece nada descabellado utilizar la cabeza tanto como el corazón —y desde luego nunca los genitales— para tomar una decisión tan fundamental para la felicidad personal y familiar durante décadas. Puede que con su modelo de familia y pareja, la gente del Antiguo Testamento realmente estaba alcanzando un grado elevado de bienestar de emociones y sentimientos, cosa que está claro que en nuestra sociedad contemporánea no estamos consiguiendo.

—D.B.

Encuentro de las Iglesias Menonitas y Hermanos en Cristo en Barcelona 9º EME — Barcelona 2008

Como todos vais sabiendo nos encontraremos de nuevo todas las comunidades de España los días 5 a 8 de diciembre de este año. Esta vez tendrá lugar el Encuentro en un sitio diferente, muy cerca de Barcelona, en la Serralada de la Marina, concretamente en la Conreria. Las comunidades de Barcelona (CEM y Amor Viviente) estaremos encantados en recibirlos y volver a vernos después del encuentro de Benalmádena (Málaga).

Hay dos modalidades para la estancia:

- Casa de colinas (habitaciones con literas para 10-12 personas) cuyo precio sería 81 € (más algún extra como sábanas, cafés... que no pasaría de los 7 €).
- Albergue (habitaciones dobles) cuyo precio sería 97,5 € y los extras no pasaría de los 3 €.

Para ambos casos estamos hablando de pensión completa para los tres días.

El motivo del encuentro llevará el lema **Espiritualidad para el Siglo 21 – servir a nuestro pueblo según el propósito de Dios**. El libro de Juan Driver con este mismo título será el hilo conductor que iremos desarrollando a través de seminarios y talleres. Como siempre esperamos que sea participativo y seguro que todos los que aportéis nos enriquecerá y edificará al resto.

Ah! Y no olvidéis inscribiros cuanto antes, el número inicial de plazas que tenemos reservadas es 100, pero cuanto antes sepamos cuántas personas vendrán podremos asegurarnos que todos cabemos.

También es muy importante saber cuántos niños y jóvenes tendremos entre nosotros para poder organizar actividades para ellos. (¡Ojo! —que en este EME tendréis mucho que decir y hacer.)

— Gabriel, Maribel, Antonio y José Luis

¿Qué es la soledad y por qué la necesitamos?

El sonido del silencio

por Jan Johnson

«Ser espiritual» no es lo que pretendía cuando empecé un hábito de andar enérgicamente, un paseo aeróbico por un camino solitario —bastante embarrado y lleno de basura y escombros— que desciende por una cañada. Esquivando camiones de arena y padeciendo bastante calor, me encontré a solas con Dios. Dios se me apareció en todo lo que veía a mi alrededor. Los cardos representaban los estorbos en mi vida —molestias en la convivencia con mis seres queridos, el temor a emprender acciones difíciles, el deseo de poder vivir una vida libre de problemas. Arranqué algunos y los arrojé por la ladera abrupta junto al camino.

Las montañas del entorno se volvieron símbolos de la presencia de Dios. Puse nombre a las cimas para representar lo que estaba oyendo a Dios decirme. Un risco que asemejaba la curva de unos brazos maternales se llamó «Descanso». La cumbre afilada se llamó «No dejes de perdonar» —cuando nuestra iglesia padeció una división. Sudando y con la respiración agitada, cargando agua y con el viento de cara, esas indicaciones me señalaban cómo vivir.

Por aquella misma época empecé a asistir a un retiro mensual en un centro. Pero no importa lo bien que se explicara el predicador invitado, solía escabullirme para bajar a la ribera del arroyo donde me sentaba sobre una piedra, rodeado de agua. Y ahí me quedaba todo el día. Por aquel entonces tenía un concepto tan elevado de la disciplina espiritual de la soledad, que no pensé que esas caminatas y ratos de sentarme sobre una piedra fueran lo bastante heroicos como para

contar como soledad. Pero sí que cuentan.

Escaparse: estar a solas con Dios. Es curioso considerar que aunque Jesús tuvo siempre una comunión tan perfecta con Dios, con todo, solía escaparse para estar a solas (Mateo 4,1-11; 13,23; 17,1-9; 26,36-46; Marcos 6,31; Lucas 5,16; 6,12). ¿Por qué perdía Jesús así un tiempo que podría estar dedicando a su ministerio? Puede que sencillamente disfrutaba de estar a solas con Dios: «Yo y el Padre, uno somos».

La soledad no es solamente momentos especialmente memorables, con los pies a remojo en el arroyo. Es aprender a marginar todas esas cosas relacionadas con el trabajo y la gente, esas cosas que te hacen sentirte importante: citas, plazos de vencimiento, ponerse al teléfono. En la soledad nadie te consulta tu opinión.

En la soledad no hacemos nada útil ni productivo. Allí Dios tampoco está siendo «útil» para nosotros. Intenté al principio hacer que mis días de retiro personal funcionaran como un proyecto, para sacar de ellos revelación divina o experiencias inolvidables. Contraataqué imponiéndome que no hubiera ningún plan —para que fuese solamente un día de estar a solas con Dios, que él pueda dirigir. Ahora mismo mi regla es guardar silencio y estar solo. Escucho lo que Dios me

En la soledad no hacemos nada útil ni productivo. Allí Dios tampoco está siendo «útil» para nosotros...

quiera decir ese día. Con todo, muchas veces me descubro esperando que de alguna manera esos ratos de soledad tengan una «recompensa» específica —pero descubro que no siempre es así. A la postre, sin embargo, me doy cuenta que ha sido placentero. Me pasa como a Jacob al despertar de su sueño sobre una escalera por la que subían y bajaban los ángeles: «Ciertamente el Señor está en este lugar —y yo no lo sabía» (Génesis 28,16).

Enemigos que aparecen. Hay que saber que en la soledad aparecerán los miembros de la Junta Directiva que vive en nuestras cabezas. Sus voces son nuestros hábitos de pensamiento, hábitos que nacen de necesidades interiores de ser sanados. En mi propia Junta personal figuran los siguientes miembros:

El «Chico bueno» que se esmera por ser admirado, temiendo no dar nunca la talla. Si me parece escuchar que Dios me dice: «Tienes que ser perfecto. Hazlo bien. No cometas errores... y entonces sí que estaré contento contigo» —sé que no es Dios sino la voz del «Chico bueno».

El «Rescatador» está pensando siempre en formas de ayudar a otros para que me tengan que querer. El resultado es que pareciera que la santidad viene de la mano del activismo. Si me parece escuchar que Dios me dice: «Ayuda a la gente a tu alrededor hasta el agotamiento. Haz que todo el mundo sea feliz» —esa no es la voz de Dios sino la del «Rescatador» que está intentando sabotear mi soledad.

El «Vigilante de actitudes» quiere que todo marche como manda el re-



La soledad es un lugar donde oír a Dios y desprenderse de todo lo que no sea Dios. Desde este ser así transformado, empieza a fluir un ministerio auténtico.

glamento. Evalúa, critica y me empuña mis intentos de centrarme en Dios. Es un saboteador de pensamientos, procurando que lo único que oiga de Dios sean palabras de reproche y amonestación.

En mis paseos por aquella cañada, este último solía tomar el mando y se dedicaba a ensayar largos discursos llenos de hostilidad contra personas con quienes tenía algún desacuerdo, exponiendo los argumentos que me daban la razón. A continuación empezaban discursos igualmente largos y pesados y desesperanzados contra mí mismo, por haberme dejado invadir y dominar por el rencor. Tardé años en desterrar esos pensamientos con oraciones a favor de las personas que me estaban irritando. Con todo, es eso, precisamente, lo que tenía que aprender a hacer. Y la soledad entrenó mi alma para saber amar cuando lo que quería hacer era criticar.

Mandar a callar las voces de los miembros de la Junta Directiva es algo que hay que saber hacer con tacto y delicadeza. Albergar sentimientos de culpa por no conseguirlo, lo único que hace es que levanten más la voz. Eso sólo reconfirma que mi espiritualidad está centrada en mí mismo, no en Dios. Lo que hago es acompañarlos cortésmente a la puerta de mi mente y dejar de escucharlos.

Cómo ayuda la soledad. El tiempo a solas es un entrenamiento para los pensamientos y también para el cuerpo.

Oír a Dios. El primer paso para oír a Dios es reconocer a los que no son Dios —esas voces de la Junta Directiva o pensamientos habituales envenenados. Al aprender a descubrirlos y adquirir práctica en formas de mandarlos callar, hacemos lugar para Dios.

Experimentar el compañerismo de Dios. En la soledad uno aprende a «alimentar el anhelo viviente de Dios en el corazón». Al practicar ratos cada vez más prolongados de soledad, aprendemos a amar esa capacidad de receptividad a lo que nos dice Dios.

Desprenderse del activismo. Al liberarnos de la pesada carga de tratar de ser importantes, nos desprendemos del activismo y de las prisas. Se vive con un propósito más atinado, desde la quietud medular del ser, donde no es tan fácil dejarse distraer de lo esencial. Se aprende a disfrutar de no tenerlo todo organizado.

Aprender cómo estar con otros. La soledad no es una disciplina donde lo único que importa es uno mismo. Transforma nuestra manera de interactuar con los demás. Dios mismo nos hace abrirnos al prójimo porque empezamos a verlos de otra manera. Emergemos de la soledad más aptos para estar con los demás: más rápidos para escuchar, más lentos para opinar o expresar ira e impaciencia. Habiendo aprendido a no correr tanto, somos más capaces de atajarnos a tiempo, antes de hacer comentarios hirientes de los que luego nos arrepentiríamos.

La soledad es un lugar donde oír a Dios y desprenderse de todo lo que no sea Dios. Desde este ser así transformado, empieza a fluir un ministerio auténtico.

—Traducido por D.B. con permiso para El Mensajero, de The Mennonite, 5/2/2008.

¿Qué es lo que esperaríamos oír?

Si el primer paso para oír a Dios es desprenderse de las voces que no son la de Dios, el siguiente paso consiste en tener en mente el tipo de cosas que Dios suele decir. Lo que Dios nos vaya a decir hoy resonará con lo que les decía a los personajes que pueblan la Biblia. A continuación, algunos de los temas habituales de Dios:

Amor. El tema más habitual en ambos Testamentos es los grandes mandamientos de amar a Dios y al prójimo (Mateo 22,37-39; Deuteronomio 6,5). Dios nos manda amar a enemigos, extranjeros, los necesitados... siempre hablando también la verdad (Efesios 4,15; Mateo 5,44; 25,35-40; 1 Tesalonicenses 5,15).

Consolación. «Yo, yo soy vuestro consolador» (Isaías 51,12); «Ciertamente yo estaré contigo» (Ex 3,12; Juan 14,18).

Entrega. No todo lo que dice Dios es lo que quisiéramos oír. Jesús le dijo a un hombre que dejara de pecar (Juan 5,14). Dios se encaró al rey David por medio del profeta Natán (2 Samuel 12,1-14). Dios nos sube el listón frecuentemente como lo hizo Jesús con el joven rico al que dijo que se desprendiera de sus bienes y le siguiera (Marcos 10,17-22). Sin embargo estos estímulos siempre están expresados con amor, así como pone que «Jesús, mirándole, le amó».

Los propósitos de Dios. Dios nos estimula a avanzar en ministerio, imitando las actividades de Dios mismo, como su disposición a arrojar luz sobre condiciones oscuras (Génesis 1,3; 2 Corintios 4,6). Espera oír también llorar a Dios. Los libros proféticos están llenos del duelo de Dios por la maldad de Israel y llamándolo a volver a él. Cuando leo el periódico y veo el telediario, Dios me invita a llorar con él. No son solamente «noticias»; se trata de personas que Dios ama. Dios también se regocija y nos invita al regocijo: «Probad y ved que el Señor es bueno» (Salmo 34,8). —jj

Renunciar y disfrutar:

Vivir con menos

por José Luis Suárez

En el anterior número de *El Mensajero*, introduje el tema de «Renunciar y disfrutar». Deseo, a partir de ahora, compartir una serie de reflexiones mensuales sobre aquello que dificulta el disfrutar, así como aquello que lo facilita.

El punto de partida del disfrutar, además de la enseñanza de Jesús, tiene como referencia el relato de la creación, en el libro del Génesis. En el capítulo 1 se nos dice seis veces: «Y vio Dios que era bueno» —y termina el capítulo con las palabras: «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí era bueno en gran manera».

Algunas observaciones en cuanto a lo que pretendo con estos artículos: Cuando hablamos de la fe cristiana, siempre encontramos dos elementos que van de la mano y que son inseparables, uno es el pensar bien —algunos lo llaman la sana doctrina— o la *ortodoxia*. Aunque es un aspecto importante de la fe también lo es el otro, que es la práctica de la fe, es decir la *ortopraxis*. Dicho de otro forma, el cómo las creencias se hacen realidad en el día a día, en las realidades cotidianas y sencillas de la vida.

Las reflexiones que deseo compartir, apuntan a éste segundo aspecto. Evidentemente las basaré en el pensamiento, en el acercamiento al texto bíblico —referencia indispensable para la fe— aunque tratando de aplicarlo a nuestra realidad de todos los días. Lo que pretendo a lo largo de estos escritos es dejar preguntas, sugerencias y pistas para que cada persona pueda llegar a sus propias conclusiones y poder descubrir formas creativas e imaginativas de poner en práctica las enseñanzas bíblicas. Y quiero hacerlo a través de unas ideas sencillas que nos ayuden a simplificar la vida.

Metáfora: la mochila ligera.

Una experiencia vivida el año pasado, me ayudó a entender la metáfora de que cuánto más acumulamos, más



difícil se nos hace el caminar en la vida y, por supuesto, *disfrutar* de ella. Desde hace algunos años, el concepto de caminar forma parte de mi vida. Sobre todo desde que dedico una semana cada año a hacer el Camino de Santiago. Es evidente que, para mí, eso no tiene ninguna connotación de peregrinación religiosa ni ningún tipo de mérito para alcanzar la salvación o la purificación de pecados. La razón de hacer este camino es el placer de caminar y compartir experiencias en compañía (dos años con mi colega y hermano, Dionisio Byler). Las indicaciones del camino y los albergues que se encuentran hacen que éste sea un buen lugar para caminar, disfrutar de la naturaleza, de las relaciones, reflexionar y orar.

Tengo grabada en la mente la subida de un puerto en el trayecto entre Sant Jean Pied de Port y Logroño. Casi al mediodía, cuando el sol apretaba de lo lindo, con unas cinco horas de marcha acumuladas —y cargando con una mochila con ocho kilos de peso a las espaldas, con todo lo que necesitaba para siete días— adelantamos a un hombre, más o menos de mi edad, que «apenas podía con su alma». Al adelantarlo, me preguntaba si él conseguiría llegar al final de la etapa del día. Por la tarde nos encontramos alojados

en la misma habitación del albergue y nos dijo: «El último tramo ha sido muy duro. Creí que nunca llegaría. No porque no tuviera condición física sino porque mi mochila pesa una barbaridad. Después de cinco días caminando, me he dado cuenta de que llevo más cosas que lo que necesito. Cuando salí, la cargué más de la cuenta “por si acaso”». Intenté levantar su mochila y me di cuenta de que pesaba algunos kilos más que la mía.

Esta historia real nos dice que cuando acumulamos y cargamos con más que lo necesario para vivir, la vida se nos hará dura, incluso *demasiado* dura.

Algunas aplicaciones de esta metáfora para el día a día

¿Por qué no nos planteamos dejar aquellas cosas que descubrimos que ya no nos son necesarias? Un amigo, me decía hace unos meses: «Todo aquello que no he usado a lo largo de un año, me indica que debo deshacerme de ello». Quizás aquello que no necesitamos, otras personas sí pueden usarlo: ropa, papeles, utensilios del hogar, libros, juguetes de los niños, etc. Podemos hacer un donativo de todo eso a una organización que ayude a necesitados, o darlo a personas a las que será de ayuda. Lo que

tengo y no uso, ocupa un espacio y requiere orden, limpieza y sobre todo tiempo. Deshacerse de cosas, libera algo más que espacio físico, también abre el espacio de la mente. Incluso me atrevería a ir más lejos y decir que en esta tarea de desprendimiento, también podemos desprendernos de hábitos, rituales, rutinas, identidad propia (roles, imágenes de uno y otras etiquetas), ideas, conceptos, prejuicios, comportamientos condicionados, poder, control, etc.

Estoy convencido de que cada vez que hacemos una limpieza de este tipo, por pequeña que sea, es una declaración de que: «Estoy avanzando, estoy creciendo, estoy rompiendo ataduras y cadenas».

Dos preguntas para hacernos: ¿Qué podría significar para nuestras vidas despegarse de algunas cosas que no necesitamos para vivir? ¿Tengo el hábito de deshacerme de las cosas que ya no necesito?

Algunos textos bíblicos para reflexionar sobre el tema.

- Éxodo 16:13-20
- Mateo 6:11
- Mateo 6:19-34
- Lucas 12:13-21

Estos textos son consejos sabios para que vayamos por la vida con menos cosas, ya que, con menos equipaje se vive mejor y se confía más en la providencia de Dios.

Una historia a modo de conclusión y dos citas para darnos en qué pensar.

Es la historia de un monje del siglo XIX, que era muy célebre por su sabiduría. Los peregrinos viajaban desde muy lejos para estar en su presencia y escuchar sus consejos. En una ocasión un visitante, asombrado al ver que el famoso maestro vivía en una pequeña habitación con sólo una vieja cama, una silla de madera, una mesa y algunos pocos utensilios para cocinar, le preguntó dónde estaban sus muebles.

—¿Y los tuyos?— respondió el monje.

El invitado se quedó perplejo:

—Yo sólo estoy de paso.

—Yo también —dijo el monje.

He vivido lo suficiente para descubrir todo aquello que no necesito. Quien menos necesita es quien más cerca está de Dios (Sócrates).

Job nos dice en el capítulo 1, versículo 21: *Desnudo nací del seno de mi madre, desnudo allá retornaré.*

Es mi convicción profunda, que si a lo largo de nuestra vida somos capaces de desprendernos de aquello que no nos sirve y que nos estorba para caminar, además de ser beneficioso para otros y disfrutar más de la vida, es también la mejor manera de prepararnos para el último viaje de la vida, hacia ese lugar donde no nos llevaremos nada de todo lo que aquí hemos acumulado.

Continuará...

Noticias de nuestras iglesias

Retiro de Semana Santa

Burgos, 20-23 de marzo — Como ya viene siendo habitual, la comunidad menonita de Burgos nos fuimos a Carrión de los Condes (Palencia), el puente de Semana Santa, para realizar nuestro retiro de iglesia.

En esta ocasión contamos con la presencia de Felipe Enrique, de la Iglesia Apostólica Pentecostal de Cantabria, que nos dio varias charlas sobre el tema de «La unción». También

realizamos talleres para grupos más pequeños, sobre una variedad de temas. La asistencia —como todos los años— fue de unas ciento y pico personas.

La experiencia de pasar unos días juntos en Comunidad, apartados de nuestra rutina habitual y en convivencia fraternal, no tiene precio. Por lo demás, cada cual sabe qué experiencia de encuentro personal con el Señor se lleva de estos días. La próxima cita, naturalmente, es la del puente de la

Constitución en diciembre, en Barcelona, con nuestras iglesias hermanas.

Adrenalina 33

Madrid, 19 abril — ¡ÚLTIMA HORA! Acabamos de recibir noticia que este grupo de músicos jóvenes de nuestra comunidad en Burgos, ha salido ganador del concurso para actuar en ContraCorriente este año. ¡Enhorabuena!



Los libros de la Biblia

Gálatas

Es imposible comentar la carta de Pablo a los Gálatas sin observar que el debate o la disputa en que incide, es una discusión interna entre hermanos israelitas. Para mayor detalle, es un debate entre *crístianos* fieles a las costumbres y formas de vida practicadas en la provincia de Judea —los «judaizantes»— y los que vivían conforme a las costumbres del mundo «civilizado», es decir *helénico* y romano, llamados aquí «los nacionales» (porque vivían entre las naciones), palabra traducida habitualmente como «gentiles». Por ponerle nombres propios, es un conflicto entre Jacobo y otros discípulos de Jesús, por una parte, y Pablo por otra —y que pilló a Pedro indeciso entre las dos tendencias. ¡El bueno de Pedro seguramente salió mal parado en la opinión de ambas partes! (Ga 2,7-14.)

No había en aquel entonces ni habría por varias generaciones, una división clara entre el «judaísmo» y el «cristianismo». Ambas religiones tardarían siglos en tomar la forma como se conocen hoy. Los *mesiánicos*, que viene a ser lo que en aquel entonces significaba el mote de *crístianos*, eran, al igual que los *fariseos*, una corriente interna dentro de la población global israelita. La seña de identidad particular de los *crístianos*, dentro de la etnia israelita, era la creencia en que Jesús, hijo de María, había sido y seguía siendo el Mesías de Dios: el *Cristo* y *Señor* de Israel.

En determinadas ocasiones, los *crístianos* y los *fariseos* podían aliarse contra el resto de los israelitas de aquella era, porque ambos compartían una misma doctrina sobre la resurrección (Hch 23,6-10). Una doctrina que al parecer no era universal y probablemente ni siquiera mayoritaria.

Dos de los elementos de fricción entre los israelitas de Judea (y Galilea) y los israelitas del resto del mundo, y que afloran en esta carta de Pablo a los Gálatas, eran la «circuncisión» y la comunión en torno a la mesa con personas consideradas ritualmente impuras o inmundas.

Hacia el año 150 a.C. la circuncisión seguía siendo una incisión, pero no la amputación del repliegue de piel (prepuccio) del pene, puesto que los atletas judíos en Jerusalén podían co-sérsela y así participar en las competiciones (al desnudo, naturalmente) sin que se les notara (1 Macabeos 1,14-15). Precisamente para evitar esto, parece ser que fue en aquella época y lugar que se adoptó la forma de circuncisión que hoy se conoce. No consta que en tiempos del Nuevo Testamento esta forma novedosa de circuncisión se haya extendido universalmente entre los israelitas que vivían como enclaves minoritarios en muchas ciudades de todo el mundo.

De ahí que los «judaizantes», es decir, los que seguían la forma que se había impuesto en Judea, consideraban que sus correligionarios de otras partes eran «incircuncisos» y sospechosos de transigir con el paganismo. Lo cual en muchos casos era más o menos verdad. Era difícil vivir en una ciudad «civilizada» en cualquier parte del mundo y evitar carne sacrificada en templos paganos, juramentos que invocaban a los dioses como testigos para cualquier contrato, o votos de lealtad al César (al que se adulaba como «el menor entre los dioses pero el mayor entre los hombres» —es decir, divino a la vez que humano).

Naturalmente, Jesús y los doce y todos sus seguidores en Galilea, así como la primera comunidad cristiana en Jerusalén, eran «judíos» en este sentido, es decir, estaban circuncidados a la usanza «judaizante», de Judea. Pero ahora Pablo se pone de parte de los «nacionales» (o «gentiles»), los que vivían entre las naciones y las gentes del mundo y seguían una forma de la fe israelita mucho más adaptada a las costumbres «civilizadas» de las urbes del Imperio Romano.

En esta carta Pablo adopta una postura radical, confrontante y dramática. Esto es porque considera que lo que está en juego es la propia esencia del evangelio. O estamos de parte de «la libertad», guiados por «la fe», im-

pulsados por «el Espíritu», confiando sólo y exclusivamente en «la gracia» de Dios, o el resultado será una comunión impuesta a la fuerza, costumbrista y legalista, basada en ritos ancestrales de «la carne». Según lo ve Pablo, el hecho mesiánico de Jesús lo trastoca todo y abre nuevas posibilidades antes inconcebibles. En Cristo, Dios está haciendo algo nuevo equiparable al mismísimo llamamiento de Abraham. Y «los mandamientos» se resumen ahora en sólo uno: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Ga 5,14).

Pablo está convencido de que el resultado final, un estilo de vida que es «fruto del Espíritu», será más moral y piadoso y agradable a Dios, a la vez que más llevadero y libertador (Ga 5,22-24).

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org